La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 28 de diciembre de 1891 — Núm. 522



LA NINFA HERIDA, grupo en mármol de Gustavo Eberlein. (Exposición de Bellas Artes de Berlín.)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El día de la Concepción. – Recuerdos. – La Virgen Madre – Proclamación del dogma de la Purísima en los concilios lyoneses. – Consideraciones. – La Concepción en el arte pictórico. – Murillo. – Ideas acerca de la reconstitución del pueblo de Israel. – Galilea. – El territorio de Judá. – Conclusión.

I

El mes de diciembre se distingue y se caracteriza por su fiesta de la Concepción. En mi casa y en mi familia fué siempre un día de regocijo, y es hoy un día de duelo. Recuerdos piadosos y tradiciones sacras han surgido este día en términos que aparece su fiesta como capitalísima entre las fiestas del año. Nombre poco usado en otras naciones católicas, úsalo mucho la nación española. Caprichos del común lenguaje han convertido el nombre de Concepción en Concha, muy prodigado á la verdad y por ende festejadísimo entre todas las clases de nuestra sociedad, que han convertido un asunto propio de piadosas devociones en asunto de visitas y de recreos. Pasa con el nombre de Concha entre las mujeres lo mismo que pasa con el de José entre los hombres: los celebran á porfía y con preferencia las gentes. No hace muchos años este concepto de la Concepción dió materia inacabable á disertaciones literarias y religiosas, que llegaron al apasionamiento y á la discordia. Hoy todo se ha tranquilizado, y nadie recuerda el dogma de la Concepción en España sino para festejarlo. En el siglo XII comenzó á fijarse creencia tan piadosa como esta creencia de la Virgen Madre concebida sin mácula ni sombra de pecado. Entre las ciudades europeas Lyón ha brillado siempre, no sólo á causa de hallarse sobre la confluencia de dos ríos tan caudalosos como los que besan sus plantas y llevan sus ideas y sus productos al comunicativo Mediterráneo, no sólo á causa de esto, á causa de hallarse en las encrucijadas donde se verifica la intersección de tantos caminos como desde allí conducen á Suiza y á Italia. Ora fuese por su posición geográfica, tan excelente; ora fuese por sus tradiciones históricas de colonia romana; ora fuese porque su colocación entre Italia, Suiza y Provenza le daban excepcional influjo, es lo cierto que dentro de sus muros hanse concilios ecuménicos reunido, y que tales reuniones han gozado de una excepcional influencia en el desarrollo de las ideas cristianas y en el esplendor de la Iglesia católica. Quizá por congregarse allí muchos fieles, quizá por tener éstos un fondo y acervo colectivo de ideas propias, brotó en Lyón el culto primero á la Inmaculada Concepción de María. Desengañémonos: cuanto más fuertes resultan las generaciones, y lo eran mucho aquellas que iniciaron las cruzadas; cuanto más valerosos y más arriesgados los pueblos, han de sentir por fuerza mayor ternura en su corazón y en sus entrañas hacia todos los dogmas que divinizan á la mujer y la engrandecen. Los corazones más abiertos al odio, por razón de sus combates y de sus porfías, ven con mayor facilidad la mujer colocada en una especie de atmósfera inaccesible á las debilidades humanas. Todos hemos nacido de mujer y todos adorado á nuestras madres como á la imagen más perfecta del Creador sobre la tierra. Hemos creído á todos los seres capaces de faltarnos menos á ellas; hemos creído todos los labios prontos á engañarnos, menos aquellos labios suyos que han fluído en el espíritu nuestro divinas enseñanzas; la culpa, el error, el pecado, las consecuencias de la primer humana caída, el vínculo de males mayorazgado en la humana estirpe, no hemos creído nunca que pudieran llegar hasta nuestras madres, ni entrarse por los hogares que santifican ellas como verdaderos templos. Si á esto se han unido ensueños é imaginaciones de la primera juventud, afectos puros en los cuales no ha penetrado nunca la menor sensualidad, apariciones de musas divinas que os traían ó una idea ó un cincel ó un arpa, el culto á la mujer, el culto sobre todo á la Madre Santísima, el culto al numen verdaderamente creador, el culto al ideal femenino se os impone con soberana imposición y os lleva como llevó al poeta por excelencia católico en pos de idolatrada Beatrice, sobre la cual veis levantarse una idealidad femenil más alta, flores místicas, increadas melodías religiosas incomunicables de infinita dulzura, lumínico éter semejante al espíritu del espíritu, almas de ángeles en coro, ideas divinas en arquetipo, la virginidad inmaculada que ha mantenido con su atracción magnética la pureza del ser entre las tentaciones y los combates propios de nuestra tumultuosa combatiente adolescencia, la maternidad que después de daros el aliento de la vida y el calor de la sangre os ha dado también la inspiración que forma como la esencia del espíritu; en fin, un culto íntimo á la Inmaculada María.

II

Estas ideas religiosas han animado mucho el arte cristiano y han tenido su encarnación ideal en obras de primer orden. Las tradiciones respecto de la serpiente bíblica, tentadora de nuestra madre común Eva, y respecto del quebrantamiento de su cabeza por los pies de María, se han revelado en esas maravillosas creaciones del humano espíritu, resplandecientes con el resplandor de lo ideal. Aunque la Iglesia católica, desde los más apartados siglos, bien al revés de la Iglesia bizantina y de las Iglesias orientales, se ha guardado mucho de regir con códigos más ó menos rigurosos las artes plásticas, puestas al servicio suyo, ciertos atributos y símbolos corresponden á un convenio tácito, pero universal, y por voluntario de suyo, rigurosamente obedecido. El primer carácter de una Concepción es el acto de quebrar la cabeza con su pie al reptil maléfico. Entre las nubes, ora perladas por los albores, ora purpúreas y enrojecidas por arreboles; entre los iris que componen como un himno de matices en el inmenso espacio azul; por los coros de querubes, de ángeles y de astros, deslizaráse forzosamente, cuando se trace la Inmaculada Concepción, el reptil, símbolo de la culpa original, vencida por el advenimiento de María sobre la tierra. El cielo debe aparecer como un santuario para su figura; la modestia y humildad deben brillar en todas sus actitudes; el globo terráqueo y la luna creciente servirle de pedestal; la pureza inmaculada envolverla por completo; las alas de los ángeles al empíreo subirla en vuelo raudo; la increada luz coronarla y la Trinidad Santísima recibirla en lo infinito. El dogma de la Concepción embargó en términos á los piadosos artistas de la Edad media que nos presentaron en sus cuadros María sin mancha en el vientre mismo de su madre Ana. Girolamo de Mazzuola, Dosso Dossi, Carlos Marata y otros muchos nos han ofrecido la Virgen Inmaculada en composiciones complicadísimas, donde se descubren desde la escena de la expulsión de nuestros primeros padres al salir de su Paraíso, hasta las meditaciones que poseen y embargan á los más esclarecidos filósofos de la Iglesia, cuando comentan ó predican ó defienden el tierno dogma de la divina Inmaculada. Mas realmente quien ha logrado entre todos los pintores expresar la Concepción es nuestro inmortal Murillo, que parece haber tenido en su paleta el medio de retrotraer nuestra humanidad á sus tiempos edénicos y restituirle toda la inocencia perdida en su primera culpa. No busquéis allí, no, la perfección clásica y griega que ostenta Rafael, en quien resucita la destreza de Fidias para el dibujo No hay, no, las exactísimas proporciones, las acabadas armonías, la correspondencia entre los miembros, la matemática exactitud que distinguen y enaltecen al pintor entre los pintores clásicos. Mas aquellas figuras incorrectas parecen la forma de una oración mística subiendo á lo infinito. Viento espiritual, como de una inspiración profética, la impulsa; luminoso éter increado, que semeja como una difusión de la idea del Verbo, la circunda; concierto celestial, cuyas cadencias adivináis sin comprenderlas, absorben aquellos oídos abiertos á todas las divinas armonías; recoge su pecho, en respiración intensa, el aire purísimo de las regiones inaccesibles; los pies, calzados por la media luna de argénteos reflejos, despréndense por siempre de las fatalidades reinantes sobre nuestro bajo suelo; ángeles representantes de una nueva eflorescencia de la vida, en que la niñez recobra sus antiguos paradisíacos bienes, la sigue y acompaña; crúzanse las manos como agitadas por los sacudimientos del amor místico; y allá, en la mirada sobrenatural de sus ojos extáticos, alzados á las alturas, vese resplandecer en una revelación increíble y misteriosa el espíritu de Dios. ¡Bendito dogma, que ha dado al mundo la Concepción de Murillo!

III

Todas estas exaltaciones del tipo de María me traen á la memoria los espacios consagrados por el recuerdo místico de su natividad. Ahora que, tras los malos tratamientos dados á los judíos en Rusia, piensan muchos príncipes de la raza perseguida en reconstituir el pueblo de Israel sobre su viejo territorio, y se tropieza con las dificultades ofrecidas por la desolación del suelo y por la dureza del clima, parece bien recordar que Galilea, donde naciera la Virgen, se diferencia mucho de la Judea propiamente dicha, donde muriera Jesús. Sobre todo la villa de Nazareth es hermosísima. La desolación de Palestina no alcanza, no, á este sitio de habitantes felicísimos y de huertos verdes. La fuente aquella reunió en tiempo de María todas las muchachas de la población, que iban allí á escanciar el agua. Antonio Mártir, citado por el mismo Renán, refiérenos cómo los tipos de sus mujeres, todas ellas medio sirias, tenían una belleza tal, que de común acuerdo las gentes piadosas en el siglo VI la imputaban al nacimiento y presencia en aquel sitio de María, quien legó, como vínculo hereditario, gracia y belleza de consuno á sus amadas convecinas hasta la consumación de los siglos. Dice también el gran escritor francés que desde la hoya donde Nazareth está, el cielo es muy estrecho; mas así que subís á cualquiera de las vecinas alturas y miráis por todas partes, entrevéis los valles del Jordán, las altas llanuras de la Perea esmaltadas por las reverberaciones de un cielo candente, las tierras de Siquem realzadas por las sacras figuras patriarcales; á un lado aquel Thabor, comparable á blando hermosísimo seno y que muchas veces semeja rotonda esférica de lapislázuli; á otro lado el Carmelo, despidiendo incienso de poesía y reverberando el sol en su seno abrupto que toma tintes de ópalo, esmeralda, zafiro y rubí, según las refracciones de los rayos solares en sus aristas; y allá, tras las cordilleras de Safed, el golfo de Raifa, cuyas aguas confundidas á la simple vista con el aire, presentan una línea imperceptible azul, tan celeste como todas las que dibuja y colora el Mediterráneo en sus espléndidos horizontes, dignos por cierto de aquellas almas que volaban al impulso de sus brisas y se sumergían en los resplandores de su éter.

IV

¡Ah! No hay tierra tan fecunda en ideas como la Tierra Santa. Estos tres desiertos de Arabia, de Egipto, de Judea, puede decirse que han dado las tres religiones fundamentales á los pueblos cultos de la moderna historia. El Sinaí de Moisés tiene á un lado la Meca del Islam y á otro lado la Jerusalén del Evangelio. Así como Grecia es la patria de la libertad y del arte, Judea es la patria de la religión y del dogma. Espectáculo maravilloso para un alma que sepa levantarse á las alturas de la historia y evocar el pensamiento de los siglos. Aquella Jerusalén, asentada en el desierto, adonde han bajado tantas veces los ángeles del cielo y adonde tantas veces han subido los pensamientos y las oraciones del hombre; circuída por sus vastos mares de arena, en que los rayos del sol rebotan; bajo las reverberaciones de un horizonte asiático, enrojecido por el sol como la bóveda de un horno de cal ardiente; entre sus guirnaldas de nopales, semejantes á una corona de espinas; ostentando los muros fortísimos bruñidos por aquella luz, las rotondas de sus iglesias y de sus mezquitas, los minaretes de sus alcázares, el seco lecho de sus torrentes, cuyas aguas se han mezclado con las lágrimas de los Profetas, la suave línea de sus colinas sembradas por olivos tan seculares como si fueran fósiles de la historia, Jerusalén es todavía en su viudez y en su servidumbre, tendida sobre su estercolero, con su esqueleto fuera de su piel y profanado por las hienas de Tartaria, la ciudad del mundo que más holocaustos ha merecido al género humano y más confidencias á la divina verdad. Todos hemos llorado en las amargas aguas del mar Muerto

ÚLTIMOS RAYOS, cuadro de D. Dionisio Baixeras

y hemos bebido todos algunas gotas del torrente Cedrón; todos hemos prestado alguna vez nuestra voz al coro de sus sacerdotes, y alguna vez hemos repetido con las manos plegadas y las rodillas en tierra el eco de sus salmos. Todavía los acentos de su *Miserere* arrasan nuestros ojos y los trenos de sus lamentaciones arrancan gemidos de dolor á nuestra garganta; á los trances amargos de la vida llamámosles calles de amargura; al dolor eterno, á que nuestra contingencia y nuestra debilidad nos condenan, llamámosle crucifixión ó calvario; y cuando queremos pensar en la inmortalidad, recordamos que sólo en su valle de Josafat podremos revestir nuestra carne regenerada; y cuando soñamos con lo invisible y con lo eterno, ¡ah! nos fingimos una Jerusalén místi-

EL COMPROMISO DE CASPE cuadro de A. Parladé. (Premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín.)

ca, poblada de ángeles y bendecida por profetas en los celajes y en los arreboles de lo infinito. Ocasos enrojecidos en cuyos vapores ardientes las nubes de fuego toman formas apocalítipcas y fingen las legiones de ángeles que han de esparcir á los cuatro puntos del horizonte los planetas, en cenizas disipados y desvanecidos por los espacios en duelo; desiertos interminables por cuyas arenas los solitarios han vivido, los penitentes han llorado, los redentores han muerto, y que convidan con sus yermos al silencio y al retiro, como cementerios que se hubieran tragado, no solamente los cadáveres, sino también sus sepulturas; ruinas calcinadas por el incendio de los pensamientos religiosos y ungidas por las oraciones y por las lágrimas de innumerables sectas, hijas todas á una de la exaltada fe; monumentos contradictorios como la rotonda del Santo Sepulcro y los minaretes de la mezquita de Omar, en cuyas piedras ciclópeas se cuajaban religiones opuestas acercadas allí por las circunstancias históricas como para que se viera su contradicción eterna; las colinas de la muerte, las grutas de los profetas, las calles de amargura, los sitios de la expiación universal, la cumbre del Gólgota, las honduras del Josafat: he ahí cuanto despide á una en corto espacio grandísima tormenta de ideas. Pero ¿serán habitables tales regiones por los mismos que nacieran en ellas después de haberse transformado al helor de Rusia? El tiempo lo dirá. Unicamente nos toca hoy meditar sobre los cambios del Hombre y la perennidad del Eterno.

Madrid 13 de diciembre de 1891



UN VOTO, cuadro de D. José M. Tamburini. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

NO TANTO PENSARLO

La última vez que le he visto, hará poco más de dos años estaba el pobre Eugenio paseándose en la galería del *Hotel Iberia* una tarde de febrero.

Allí, entre cristales, como una planta tropical, él que había nacido entre la nieve, al pie de los picos de Europa, tosía de cuando en cuando, hablaba por entregas y tomaba el sol muy arrebujado en la capa.

– He cogido un catarro terrible, me decía, y no sé cómo, porque... me cuido mucho; pero lo peor es que... por más que hago no puedo deshacerme de él... Ya ves, no salgo de casa... me paseo aquí que... hay muy buena temperatura... y nada... siempre lo mismo.

Después de un rato de conversación le dije:

– Pero ¿no te fastidia ya la vida de fonda? ¿Por qué no te casas?...

– Sí, sí, pienso hacerlo, me contestó. Me fastidia mucho esta vida, y eso que aquí se está muy bien; pero de todas maneras, pienso casarme: no sé si podré hacerlo este año... Ya ves que es cosa seria y hay que pensarlo mucho.

– Me parece que lo piensas demasiado y no lo vas á hacer nunca. Ya no eres niño, y si lo dejas un poco más...

– ¡Qué he de dejarlo, hombre! Si tengo novia y todo... una andaluza monísima... y nos vamos á casar muy pronto. He cumplido cuarenta y tres años... y reconozco que no tengo tiempo que perder. Por eso te aseguro que si no puede ser este año, lo que es del que viene no pasa.

Así lo dijo; pero no lo crean ustedes, porque está diciendo lo mismo hace veinte años.

Eramos todavía estudiantes cuando le conocí ya una novia morena, que sin ser lo que se llama una hermosura, tenía mucho atractivo y mucha gracia.

Hubiéranle ustedes dicho que había de pasar un año redondo sin que estuviera casado con ella, y no se hubiera contentado con menos que con rechazar tan absurda afirmación á bofetones.

Y efectivamente, antes de que acabara de pasar el año... ya tenía otra novia.

Porque dió en pensar que aquella morena tan graciosa y que á él le gustaba tanto no iba á ser del agrado de su familia, por razones que él sabía ó se figuraba saber; y como dió la casualidad de que por entonces tuvo ocasión de volver á ver á una rubia muy espiritual que había conocido de niña, olvidó á Isabel, que así se llamaba la morena, y se enamoró de Emilia, que éste era el nombre de la rubia.

Por supuesto, con el firme propósito de casarse con ella antes de un año. Ya había él cumplido veintidós y no estaba por gastar más tiempo en amoríos ni en tonterías. Aquello iba á ir formalmente y por la posta. Al siguiente mes hablaría al padre de la chica, y si éste no se oponía, que por qué se había de oponer, á los dos meses después la boda.

Dos años habían pasado ya cuando volví á encontrarme con Eugenio en Madrid en la calle del Horno de la Mata, cerca de la del Desengaño, y apenas nos saludamos me faltó tiempo para decirle:

– Ya te habrás casado, por supuesto.

– No, todavía no; pero ahora ando tratando de eso, me contestó con evidente sinceridad.

– Pues ¿cómo has tardado tanto?

– Porque te diré... ya no me voy á casar con Emilia ¿sabes?... Aunque estaba muy enamorado de ella, y ella lo merecía, eso sí, porque es una criatura ideal; pero pensándolo todo bien, pues estas cosas hay que pensarlas mucho, he creído que no me convenía ese matrimonio, porque, mira, su padre se casó en segundas nupcias y tiene ya dos niños pequeños... Mañana puede morir su padre, y ¿cómo abandono yo esos niños?

– Pues no los abandones.

– Y ¿cómo los sostengo?...

– Pues no los sostengas... ¡Chico, chico, si lo piensas tanto y reparas en todo no te casas nunca!

– ¡Ah, sí, sí, ahora sí me caso! Ya lo verás. Estoy ya en relaciones con otra. ¡Si vieras qué buena y qué hermosa es! ¡Tiene unos ojos negros!... El otro día la hice unos versos á los ojos, que la gustaron mucho.

– ¡Malo, malo! Eso de andar con versos viene á ser lo mismo que andarse por las ramas... ¡Cuando yo digo que no te casas nunca!

– No lo creas: eso de los versos fué así medio en broma, ¿sabes?... Empezaba diciéndola:

«Iba sin rumbo cruzando
Verdes y amenas campiñas
Un día de junio, cuando
Vi que me estaban mirando
Dos hermosísimas niñas »

– Bueno, bueno; pero no te molestes en recitármelos, porque ya sabes que no me gustan los versos.

– Es que no te los voy á recitar todos, sino que mira, después de decirla que aquellas dos niñas me gustaron mucho y que me enamoré de ellas, y que siempre quisiera estar mirándolas y que hasta las veo en sueños, concluyo:

«Y... pero, bien mío, siento
Que con celos te atormento...
Aparta fieros enojos;
Que las *niñas* de mi cuento
Son las *niñas* de tus ojos...

¿No te parece un pensamiento muy delicado?

– Bagatelas, Eugenio, bagatelas, y bobadas. Déjate de esas cosas y al grano, al grano. No te andes en romanticismos, ponte en lo práctico y á casarte pronto con esa ó con otra, pero pronto.

– Con esa, con esa precisamente será y será pronto; no lo dudes. Y cuenta que voy á hacer una gran boda, porque Matilde, que así se llama mi novia, además de ser muy guapa y muy buena es muy rica.

– ¡Bien, hombre, bien! Miel sobre hojuelas. Adelante, y que sea pronto.

Nos despedimos y no volví á ver á Eugenio en muchos años. Creo que habrían pasado ya once ó doce cuando nos volvimos á encontrar en San Juan de Luz una tarde en el camino de la plaza.

– Yo iba y él venía: le detuve, le di un abrazo, y tratando él de desasirse, me dijo:

– Déjame; ya te veré á la noche: voy siguiendo á mi novia. ¿No has encontrado á un caballero alto y cano, con una señorita vestida de luto?...

– ¡Pero, hombre!, le dije reteniéndole. ¿En esas me andas todavía? Me figuraba yo que tendrías ya hijas casaderas, y resulta que todavía andas tratando de buscar mujer con quien casarte .. Francamente, yo te creía casado con aquella Matilde de los ojos negros.. Como me lo ponías todo tan llano y tan plano...

– Y así estaba, no creas que no; pero después lo pensé mejor y me convencí de que tampoco me convenía aquel matrimonio tan ventajoso en apariencia. ¡Ay, amigo mío! Es necesario mirar mucho esas cosas, porque ya comprendes que una boda no se hace para un día ni para un año, sino para veinte ó treinta ó cuarenta si á mano viene...

– Lo que es tú no creo que la harás para muchos, si la haces. Al paso que llevas, se te va á pasar la vida pensándolo y te vas morir soltero.

– No lo creas, como no me muera este año.

– Dios quiera que no; pero, en fin... ¿Por qué no te casaste con Matilde, si se puede saber?

– Sí, hombre: tú lo puedes saber todo. Pues mira: recordarás que te había dicho que Matilde, además de ser muy guapa...

– Es verdad, recuerdo que me dijiste que tenía muy hermosos ojos.

– No solamente tenía bonitos ojos, sino que era muy guapa y muy buena, y además era rica.

– Cierto. Recuerdo que también eso me dijiste.



EN EL HARÉN, copia de la notable acuarela de G. Simoni

Vamos, ¿y qué? ¿Resultó que no había tal riqueza y por eso lo dejaste? No te creía yo tan positivista...

– Ni lo soy; pero no adelantes el discurso: no es eso. Realmente era rica, es decir, lo era su padre y lo habría de ser ella con el tiempo; pero casi todo lo que su padre tenía eran bienes nacionales, ó mejor dicho, bienes eclesiásticos, comprados por un zoquete allá al principio de la desamortización, cuando, por temor á las censuras de la Iglesia, apenas se presentaban compradores y se daban las fincas al primero que ofrecía algo por ellas.

– Pero tú...

– Sí, ya sé lo que vas á decir, yo no lo había comprado, ni siquiera iba á ser su dueño, pero lo serían mañana mis hijos, y yo mismo iba á aprovecharme de aquel caudal mal adquirido; y... ¿qué quieres?...

– Nada, yo no quiero nada. Por no querer, ni quiero ya verte casado. Es decir, querer bien lo quisiera, pero no te veré de seguro.

– Pero, hombre, ¿y qué culpa tengo yo de?...

– Culpa tienes. No me refiero al caso que me estás contando. Mira, yo respeto tu manera de ver esa cuestión, y á mí tampoco me gustaría casarme con una mujer que tuviera un caudal mal adquirido, porque casi viene á ser lo mismo que entrar en una compañía de ladrones. Bueno, no tendrás culpa si quieres en este caso particular; pero en general sí tienes culpa, porque en todo encuentras inconvenientes. ¿No tiene ninguno esa muchacha que ibas siguiendo?

– El caso es que ya me quitaste de seguirla hasta el *Hotel de Francia*, que es donde vive; y como todas las tardes la pago este tributo, puede ser que se enfade al ver que hoy me he quedado por el camino.

– Vamos á ver, y ¿quién es?

– Es hija de un brigadier; del brigadier Abril, que es ese señor que iba con ella: no tiene madre, ni más hermanos que uno que está en la Academia de ingenieros en Guadalajara; es bastante bien parecida, como habrás notado, si la reparaste, y se llama Flora.

– Flora... Abril... No puede darse otra novia más primaveral. Es un amor que parece que se le está viendo florecer, y sin embargo, se me figura que no grana... Pero te estoy entreteniendo: anda, vete tras de ella.

– No: ya ¿para qué? Ya están en casa. Me vuelvo á la plaza contigo.

Nos fuimos efectivamente hacia los baños y me fué contando Eugenio con mucho lujo de detalles el estado de sus relaciones con la hija del brigadier. No me acuerdo ya de muchos pormenores; pero bien sé que desde luego me formé idea de que aquel proyecto de matrimonio tampoco prosperaría, porque después que el novio diera en pensarlo había de encontrar alguna dificultad insuperable.

Tres semanas estuve yo en San Juan de Luz, y todavía cuando me vine para Madrid dejé allí á Eugenio tan entusiasmado con su brigadiercita; como que nó pensaba salir de allí mientras ella no se marchara, ni podía sufrir que yo pusiera en duda que se habían de casar al año siguiente en la primavera, pero muy temprano.

Y... ¡qué se había de casar!... Tres años después me escribió diciéndome que había desistido también de aquella boda por motivos graves que él refería á su modo, y que yo no recuerdo cuáles eran ni lo puedo averiguar porque no conservo la carta.

Algún tiempo después, por identidad de opiniones políticas llegó Eugenio á trabar conocimiento con un conde acaudalado y achacoso que tenía dos hijas muy lindas. Afligíale al padre la suerte de éstas, pensando que el día en que él muriera, día que, á juzgar por lo averiado que se encontraba, no podía estar lejos, quedaban solas en el mundo. Le atormentaba la idea de que, mal guiadas por su candor é inexperiencia, pudieran ser presa de algún par de perdidos, de esos que no llevan al matrimonio más que los restos de una juventud gastada en el libertinaje y en la crápula, y que al año de casados abandonan á su mujer y á lo mejor la pasan por delante de la vista el lujoso tren de una manceba costeado con su propia dote. Y como conociera la honradez, el talento, la formalidad y demás excelentes cualidades de Eugenio, creyó que podía ser para él una adquisición, y empezó á intimar con él y á hablarle de lo malo que estaba el mundo y de lo que sentiría morirse sin dejar colocadas á sus hijas, y de que él no quería para ellas novios ricos, ni sietemesinos de esos que no saben una palabra de nada, sino hombres honrados y formales y de talento, porque para él la honradez y el talento valían más que todos los títulos nobiliarios... En fin, que se lo puso tan claro á Eugenio, que éste, á pesar de su modestia y timidez, se convenció completamente de que no tenía más que pedirle al conde una de sus hijas y casarse.

Otro cualquiera en su lugar, una vez adquirido aquel convencimiento, se fija en una, en la que más le gusta, y la pide en seguida. Pero á Eugenio le pareció que la cosa merecía pensarse, y que lo primero era estudiar á las hijas del conde y conocerlas.

Del estudio resultó que las chicas parecía que se afligían poco por las dolencias de su padre, que además le decían alguna mentira por disculparse en cosas de poca importancia, que leían novelas á escondidas, y en fin, que á Eugenio ninguna de las dos le pareció bastante buena, y á pesar de que el conde siguió mucho tiempo echándole indirectas, no dió lumbres.

Y eso que ya entonces estaba, por supuesto, decidido á casarse, y casarse pronto. Como seguía estándolo unos años después, cuando le vi paseándose en la galería de cristales, según referí al principio de esta historia.

Mas con toda su decisión, yo sigo creyendo que no se casa nunca.

Lo piensa mucho.

Posdata. – En este momento, apenas había acabado de escribir lo que antecede, llega el cartero y entre otras cosas me trae una esquela... ¿A ver?...

Don Eugenio Villamoros...

Ustedes creerán que me da cuenta de su casamiento con aquella novia andaluza de que me habló la última vez. Ustedes creerán que la esquela, después del nombre de mi amigo, sigue diciendo: *participa á usted su efectuado enlace, etc.*

Pues se equivocan ustedes.

La esquela dice sencillamente:

HA FALLECIDO

¡Pobre Eugenio!... Toda la vida pensando en casarse y se ha muerto soltero, como yo le pronosticaba.

¡Bueno es pensarlo, pero no tanto!

Antonio de Valbuena

SECCIÓN AMERICANA

EL GALLERO

I

Con harta razón ha dicho un ingenioso escritor portorriqueño que un pueblo de esta provincia puede pasar largo tiempo sin espectáculos públicos, sin festividades religiosas y hasta sin alcalde que le oprima ó le gobierne, pero que no podía pasar sin una gallera.

En efecto, no hay una sola población de alguna importancia donde no se encuentre un edificio octágono cuyo techo, en forma de paraguas, se eleva á veces por encima de las casas particulares, con ese aspecto de superioridad que distingue generalmente á los edificios públicos.

Es la casa que más conocen y visitan nuestros *jíbaros;* es el lugar donde periódicamente se reunen y se confunden todas las clases sociales, atraídas por una afición común.

Dejando para otra ocasión el trabajo de averiguar quién introdujo y fomentó en este país el juego de gallos, y desde cuándo data la notable afición que hacia él sienten nuestros campesinos y una parte no escasa de la que allí llamamos alta sociedad, sólo diré, por hoy, que el gobierno ha contribuído en gran parte al desarrollo de aquel juego, reglamentándolo y cuidando de que no faltaran galleras en los pueblos para que no disminuyesen las rentas que sobre ellas cobraba el Estado, rentas que pasaron después á la categoría de arbitrios municipales. Hoy mismo los Ayuntamientos anuncian con insistencia en el periódico oficial los remates de sus respectivas galleras, como cosa indispensable para el bien común y necesaria para el fomento de los fondos públicos.

Sea, pues, por estas ó por otras causas, que conviene dilucidar en trabajos de distinto género al que ahora me ocupa, lo cierto es que la afición á los gallos se mantiene tan viva como cuando la describieron nuestros antiguos historiadores.

De aquí el gran aprecio en que se suelen tener los gallos de pelea llamados *ingleses*, y el exquisito cuidado que se emplea en la propagación y cultivo de su raza.

Para un jugador entusiasta un gallo no tiene precio. Por eso no nos extraña ver á un *jíbaro*, lleno de necesidades y miserias, despreciar crecidas sumas que se le ofrecen en cambio de uno de aquellos animalitos.

Pero entre el jugador y el gallo existe un mediador inteligente y activo, que representa un papel de suma importancia.

Este mediador es el *gallero*, cuyo tipo me propongo bosquejar á grandes golpes de brocha.

II

La palabra *gallero* no se encuentra en el *Diccionario* de la Academia Española.

Esto me hace creer que jamás *gallero* alguno ha tenido la honra de formar parte de aquel conclave docto que fija, limpia y da esplendor á la lengua castellana.

Difícil sería, por lo tanto, dar aquí una definición autorizada de la palabra consabida.

En su etimología encuentro también algunas dudas que no me atrevo á resolver.

Gallero se deriva de gallo, y éste viene de la palabra latina *gallus*, que lo mismo significa *gallo* que *francés*.

Ahora pónganse ustedes á averiguar si los gallos dieron nombre á los franceses, ó viceversa.

Uno de esos investigadores incansables que todo lo averiguan, lo examinan y lo comparan, tal vez encontraría entre unos y otros, además del nombre latino, cierta analogía ó afinidad de caracteres, cierta tendencia á cacarear y *alzar el gallo*, que pudiera justificar hasta cierto punto la homonimia de la palabra en cuestión.

Por mi parte renuncio de buena gana á meterme en tales honduras, aun á trueque de que se me tenga por un escritor superficial.

III

Tampoco es menester que me remonte á edades anteriores para buscar el origen de este tipo.

Baste decir que el primer *gallero* fué aquel á quien primero se le ocurrió poner un gallo enfrente de otro con el fin nada caritativo de verlos matarse mutuamente. Luego se ha ido propagando y perfeccionando la especie hasta llegar á la categoría de *tipo*, merced á los grandes adelantos que se han hecho en el *arte de gallear.*

Bien es verdad que la profesión de *gallero* es bastante lucrativa.

Un buen *gallero* gana por lo regular algo más que un maestro de escuela. No es extraño, pues, que alguno de éstos cambie á veces su palmeta y demás atributos de la instrucción primaria por la cuchilla y las tijeretas del *gallero*.

Al fin y al cabo todo es enseñar, y tan maestro es el uno como el otro.

Ambos tienen la delicada misión de instruir y *cortar la pluma* á sus alumnos respectivos.

IV

El *gallero* es un ciudadano pacífico y honrado hasta donde permite serlo esta profesión, y está casi siempre en el pleno goce de sus derechos imprescriptibles é inalienables, incluso el derecho de *subsidio* y gasto público, que es el más imprescriptible de todos.

Su edad varía desde treinta á cincuenta años, y su color de negro á blanco inclusive, aunque este último es más de ley, como se verá más adelante.

El traje es sumamente sencillo y adecuado á la profesión: consiste en un pantalón de dril obscuro y una camisa de *arabia* ó cosa así, en regular estado de limpieza. Los domingos ó días de gran festividad suele permitirse el lujo de usar chaqueta, y se dan casos en que llega á encarcelar sus pies en un par de zapatos de badana.

Cuando está en ejercicio activo lleva unas tijeras pendientes de un cordón negro amarrado á la garganta, y su ropa está sembrada de plumas de diferentes colores, lo que indica bien á las claras que el *desplumar* es una de sus más frecuentes ocupaciones.

V

Para ser buen *gallero* es indispensable tener vocación; sin ella no podría sufrir por mucho tiempo las impertinencias y contrariedades del oficio.

Necesita además estar dotado de un gran instinto observador, mucha paciencia y una memoria capaz de retener la genealogía y hoja de servicios de cada uno de los gallos que le confíen, cuyo número varía según las circunstancias, pero que no pocas veces llega á contarse por centenares.

La primera diligencia del *gallero* al hacerse cargo de los gallos que ha de tener por discípulos es averiguar el color, nombre, historia y cualidades de los

progenitores de cada uno, cuyas noticias le comunica el *criador* con escrupulosa exactitud.

Sigue después el examen y filiación de cada gallo, para saber si es *papelón*, *giro*, *blanco*, *negro*, *pinto*, *canagüey*, *cenizo*, *guinea* ó *ala de mosca;* si es *bolo*, *gallina*, *pava*, *rosón* ó *cinqueño;* si tiene las espuelas largas ó cortas, altas ó bajas, derechas ó encorvadas, etc., etc.

Hecho esto, abre el *gallero* sus *cátedras* y da principio á la instrucción de los gallos *neófitos*, sometiéndolos á infinidad de pruebas y ejercicios repetidos, con objeto de observar sus disposiciones para la pelea, y sacar de ellas el mejor partido posible.

Desde este día hasta aquel en que los gallos quedan muertos ó victoriosos en el campo del honor (vulgo gallera), nuestro *tipo* no se separa de ellos un solo instante: con ellos vive, con ellos duerme, y á ellos consagra – por decirlo así – todos sus pensamientos.

De día pone todo su cuidado en regular con granos de maíz y tragos de agua el alimento que debe suministrarles, para que no suba ni baje el peso en que conviene mantenerlos, según el resultado de las *botas* y *coleos* á que han sido sometidos oportunamente; de noche se complace oyéndo los cantar y distinguiendo la voz de cada uno entre las de todos sus compañeros.

VI

Durante el tiempo que media desde el día de Todos los Santos hasta el de San Fernando Rey de España – y perdonen ustedes el modo de señalar, – nada hay más frecuente en las poblaciones de la isla que el encontrar á cada paso, ya en las plazas públicas, ya alrededor de las iglesias ó al revolver de cada esquina, un respetable escuadrón de belicosos gallos, simétricamente ordenados en diversas filas y atados uno á uno á distancia conveniente á fin de evitar entre ellos toda clase de duelos y escaramuzas.

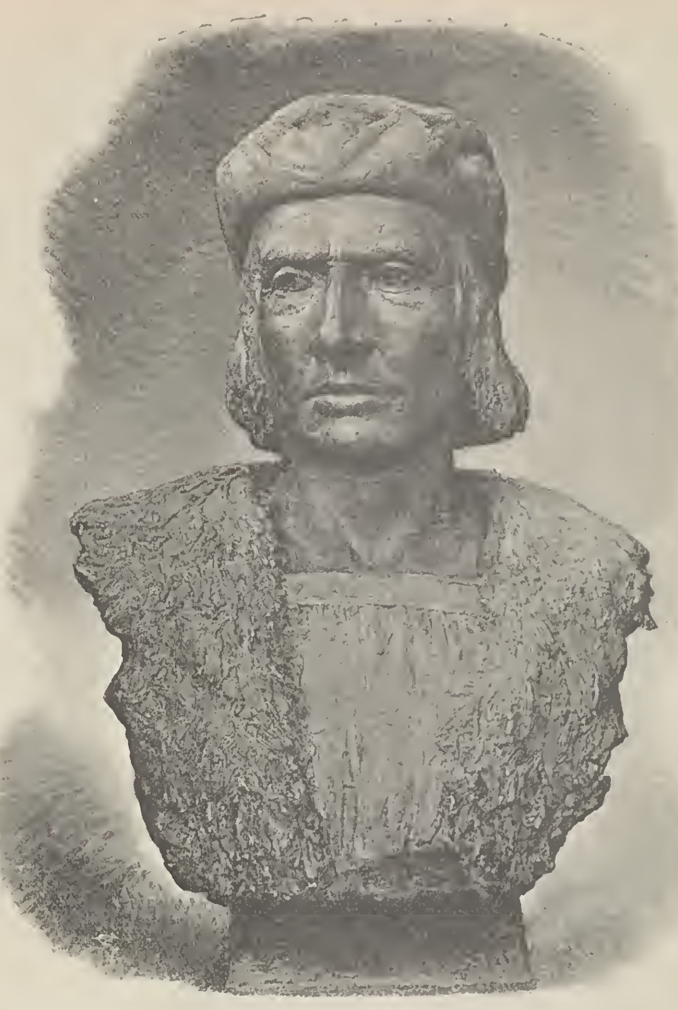
No lejos de aquel lugar, y á guisa de general en jefe de aquella alada y bulliciosa división, se destaca la interesante figura del *gallero* que, siguiendo con la vista el más leve movimiento de sus subordinados, parece dispuesto á mantener á todo trance entre ellos el orden y la paz establecidos.

Acérquense ustedes á él y pídanle informes de cualquiera de sus pupilos, y al punto les contestará – por ejemplo – que el tal gallo es *giro patinegro*, tataranieto del famoso *Picaflores* de Utuado, biznieto del *Culebrina* de Humacao, nieto del *Conde de Reus*, hijo de *Cofresí*, sobrino por entrambas vías de *Verdugo*, hermano legítimo de *Fierabrás* y del *Cólera*, y padre de *Maceta*, *Juancaliente*, *Trabuco*, *Reculón*, *Avispa*, *Garibaldi*, *Lanza*, *Bismarck*, *Peladilla*, *Cánovas* y el *Cura Santa Cruz*.

Y en seguida les referirá á ustedes, punto por punto, todas las circunstancias y peripecias de las peleas que lleva hechas, con qué gallos peleó y cuáles eran las cualidades y defectos de sus contrarios.

VII

Cuando los gallos se encuentran en *condición* y el dueño de ellos está también en condiciones de poderlos jugar, los llevan á la gallera, metido cada gallo en su correspondiente saco, y allí nuestro *tipo* se con-



CRISTOBAL COLÓN, busto en bronce de D. Félix P. de Tavera

LA CARRETILLA, grupo escultórico de D. Félix P. de Tavera. (Salón de los Campos Elíseos de París.)



GRUPO DE CIGARRERAS EN LA FÁBRICA DE TABACOS DE SEVILLA, cuadro de Th. von der Beck. (Exposición de Bellas Artes de Berlín.)



¡HORRIBLE HALLAZGO!, cuadro de Adolfo Hering. (Exposición de Bellas Artes de Berlín)

vierte en heraldo de sus plumados campeones, anunciándolos en alta voz, poco más ó menos del modo siguiente:

—¡Tengo un *tres y dos de á pulgada*, con veinte pesos!

Que es como si dijera:

Aquí está D. Juan Tenorio,
Y no hay GALLO *para él.*

No tarda mucho tiempo en presentarse un competidor, que acepta con arrogancia el reto, y entonces dan principio los preparativos del combate.

Aquí el *gallero* se reviste de nuevos y distintos caracteres.

De maestro pasa á ser padrino de desafío: el *gallero* se convierte en *coleador*.

Esta variedad de nuestro *tipo* exige un artículo por separado.

VIII

El *gallero* se identifica, hasta cierto punto, con sus gallos.

Cuando ganan se llena de regocijo: cuando pierden se entristece y se avergüenza.

La muerte de un buen *gallo* suele ocasionarle lágrimas de dolor y otros excesos.

Si fuera posible la metempsicosis de Pitágoras, tengo para mí que los *galleros*, al morir, habían de convertirse en gallos.

Tal es el cariño *paternal* que profesan á estos animales.

Por su parte los gallos corresponden á tan entrañable afecto, y (después de las gallinas) suele ser nuestro *tipo* el objeto de su mayor predilección.

Manuel Fernández Juncos

BOCETO

LAS POMPAS DE JABÓN

Todos corrían y se agrupaban con infantil alegría, levantando sus manecitas para cogerlas.

Con una explosión de chillidos y gritería se saludaba la aparición de cada una de ellas.

¡Eran tan bonitas!

Ostentaban al brillo de la luz del sol los más vivos y puros colores del prisma, la combinación de todas sus tintas, la armonía de todos sus contrastes, con la dulzura y la suavidad, firmeza y valentía del más armonioso acorde... desesperación de los más hábiles y consumados coloristas.

Aquellos brillantes colores, formando manchas como el conglomerado y las vetas de un jaspe, se movían y removían al contacto del aire, corriendo como el agua por los brazos de un río por esmaltada pradera, tomando tornasolados cambiantes.

¡Eran tan hermosas como las ilusiones!

¡Tan hermosas como la infantil alegría de los niños y el inocente alborozo con que corrían tras ellas para asirlas!

La suavísima brisa las levantaba, sostenía, dejaba caer y remontaba de nuevo, abandonándolas al fin á su destructor alcance.

Con una explosión de chillidos y gritería se celebraba la destrucción de cada una de ellas.

¡He ahí la ley del movimiento en manos de la humanidad!

Hacer ó deshacer, crear ó destruir, levantar ó derribar. Jamás permanecer inactiva, saludando con alegría la aparición de una cosa nueva, celebrando con alborozo la destrucción de una cosa vieja, mirando poco sea lo que fuere; lo importante es hacer, hacer algo; destruir, destruir algo.

¡¡Las pompas de jabón!!

Todos... ¡y cuántas veces! hemos formado de nuestro cerebro como una pompa de jabón.

¡Con pompas de jabón juega la humanidad!

Estudios, desvelos, afanes, sacrificios, abnegaciones... proyectos ilusorios; y aparecía la pompa brillante, reluciente, y al tender la mano para asirla, como el feliz resultado del cálculo, como el premio de las penalidades, la pompa desapareció, dejando por rastro el triste desencanto de la ilusión desvanecida y la amargura del desengaño.

Creación de familia, bienes de fortuna, importancia social, posición, poder y mando; talento, genio y sabiduría, arrastradora voluntad... ¡pompas de jabón! ¡Efímeras pompas de jabón arrebatadas y estrelladas por el aire que las acariciaba, ó secadas por el rayo del sol que les prestaba un momento de brillo, ó destruídas por las manos de la turba que las contemplaba y admiraba!

La separación, la muerte, arrebata uno á uno á los individuos que formaban la familia, que se destruye y desaparece y se forman otras, ¡y todas desaparecen del mismo modo!

Los bienes de fortuna se acumulan con la misma facilidad que las pompas de jabón, y por descalabros, por torpezas, por descuidos y por infamias se evaporan; y pasan de una mano á otra para desaparecer del mismo modo

La importancia social, graduada por la opinión pública, por esa cosa que está en todas partes y en ninguna se encuentra, se ve ponderada con igual ligereza, lo mismo en pro que en contra.

¡Todo lo mismo! Mando, talento, sabiduría, genio, fuerza de voluntad, impotencia y poder, riquezas y miserias... ¡pompas de jabón!

Aplausos y gritería del vulgo inconsciente; niños y nada más que niños crecidos, y como tales más destructores, entusiasmados en el momento de su aparición por la viveza y el brillo de sus colores.

Gritería y aplausos al verlas desaparecer rompiéndose al choque con otro cuerpo, y frenético delirio al poder destrozarlas con sus propias manos.

Y chillidos y exigencias para ver aparecer otras prontamente y verlas desaparecer del mismo modo y alcanzarlas para destruirlas.

¡La humanidad juega con pompas de jabón!

. . . .

Bien mirado, para lo que valen tantas balumbas de oropel y relumbrón, tantas glorias de talco y tanto grajo cubierto con las doradas plumas del pavo real, verdaderamente puede decirse que la humanidad, fautora, actora y espectadora de tanta farsa, está en lo justo jugando con su obra, como los niños con las pompas de jabón.

Juan O-Neille

NUESTROS GRABADOS

La ninfa herida, grupo en mármol de Gustavo Eberlein (Exposición de Bellas Artes de Berlín). — Las obras de Eberlein distínguense todas ellas por el sentimiento que revelan y por su notable ejecución. De ahí que goce en Alemania de justo y merecido renombre, figurando á la cabeza de los escultores que más honran á su patria.

La ninfa herida, precioso grupo que tanto ha llamado la atención en la Exposición de Bellas Artes de Berlín, es la última obra que ha producido este distinguido artista, en la que son de admirar los opuestos sentimientos que ha sabido imprimir en las dos figuras y su notable ejecución. El rostro de la ninfa expresa perfectamente la dolorosa impresión que le produce la extracción de la espina que ha herido uno de sus pies, en tanto que el del joven parece se halla extasiado en admirar su belleza, olvidándose, quizás, de la causa que produce la molestia que experimenta su amada.

Ultimos rayos, cuadro de D. Dionisio Baixeras. — La vida artística de Baixeras data casi desde su infancia, pues no había cumplido aún los diez y seis años y su nombre ocupaba ya uno de los primeros puestos entre la pléyade de pintores que honran á Cataluña. Si bien antes cultivó con provecho el género histórico, hoy apenas existen en su paleta otros tonos que los pardos del tejido burdo que visten los hombres de mar y el obrero, avalorados y enriquecidos siempre por sus aptitudes artísticas.

Ultimos rayos titúlase el gran lienzo que reproducimos, en el que se representan á varias campesinas horquillando la paja, después de la trilla, para finalizar la jornada; y aunque la composición parezca trivial, es tal el relieve y la tenue gradación de la luz en el ocaso del día, que bien puede decirse que el artista ha reproducido la Naturaleza.

El compromiso de Caspe, cuadro de A. Parladé (premiado con medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes de Berlín). — Con buen acuerdo trocó el Sr. Parladé su bufete de abogado por el estudio del artista y los *alegatos é informes* por sus composiciones pictóricas: ya los triunfos que ha logrado en un breve período de tiempo demuestran incontestablemente sus excepcionales aptitudes para el cultivo de la profesión que tan resueltamente ha emprendido. Joven, pues cuenta apenas treinta y tres años, y ostentando un título nobiliario, trasladóse á Roma apenas terminada su carrera de leyes, adonde le atraían sus entusiasmos artísticos, para dedicarse al estudio bajo la experta dirección de D. José Moreno Carbonero. Rápidos fueron los progresos que realizó, pues á los dos años alcanzó un premio en la Exposición internacional de Madrid de 1884 por su notable cuadro titulado *Gladiadores victoriosos ofreciendo sus armas á Hércules*. En la Nacional de 1887 logró nueva recompensa por otro lienzo representando la *Entrega del trofeo en la batalla del Salado al Papa Benedicto XII en Aviñón*, que fué después premiado en la de Londres, en donde fué adquirido por el coronel Worth. *El compromiso de Caspe*, inspirado en un hecho histórico de gran interés para nuestra patria y especialmente para Cataluña, cual fué la elección de monarca para Aragón que recayó, gracias á los esfuerzos de Vicente Ferrer, en Fernando de Antequera, el vencedor del desgraciado conde de Urgel, es un cuadro de suma importancia, perfectamente estudiado y dispuesto, que revela en el autor profundo estudio y perfecto conocimiento de la época y de la situación de los personajes representados, como también cualidades artísticas muy recomendables.

Justo ha sido el acuerdo del Jurado calificador de la Exposición de Berlín al conceder al Sr. Parladé medalla de oro á su último cuadro.

Un voto, cuadro de D. José María Tamburini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). — Nueva ocasión nos ofrece Tamburini para poner de manifiesto sus cualidades por medio de la reproducción de una de sus más sentidas composiciones. *Un voto* sintetiza la conjunción de sentimientos y creencias, de cariño y fe religiosa que se anida en el corazón de la madre cristiana, que reconocida á las bondades de la Providencia, póstrase humilde y reverente murmurando una plegaria por haberse salvado su hijo querido de la dolencia que le aquejaba, en tanto que su esposo, destacándose de la penumbra de la nave del templo, lleva en sus brazos al ser querido.

Aquí demuéstrase el artista tal cual es, pintor por la forma, poeta por el sentimiento.

En el harén, acuarela de G. Simoni. — Bella es la acuarela de Simoni titulada *En el harén*, que cual todas las suyas y especialmente las que representan asuntos de carácter oriental, revelan, no sólo el dominio en el género de pintura en que sobresale, sino también su profundo estudio de las costumbres, de la caprichosa arquitectura y de la indumentaria de esos pueblos en que la mujer no ha llegado todavía á convertirse en compañera del hombre.

La nueva producción de este distinguido acuarelista, que ha logrado igualarse á su compatriota el romano Corelli, á pesar de su falta de novedad, es una obra muy recomendable por los bellísimos contrastes que ofrece.

Cristóbal Colón, busto en bronce. — La carretilla, grupo escultórico de D. Félix P. de Tavera. — Nuestros lectores recordarán agradablemente la reproducción de la bella estatua titulada *¡Soy yo!* que publicamos, por haber sido tal vez la que más interés despertó entre las esculturas que figuraron en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. De Tavera es asimismo el bonito grupo *La carretilla*, que ha figurado en el Salón de los Campos Elíseos. En ésta como en el malicioso tipo del rapazuelo ha dejado impreso el artista filipino el sello de su genialidad. De dos asuntos al parecer triviales, ha sabido ejecutar dos obras de verdadera importancia, ya se las considere psíquicamente ó como manifestaciones de la nueva escuela escultórica. Realistas son ambas, pero dentro del límite marcado por la razón y el buen gusto. De ahí que resulten simpáticas y agradables y que se descubra en ellas, no sólo al escultor, sino también al artista, ya que Tavera, si bien modela, piensa, discurre y siente.

El busto de *Cristóbal Colón* fué ejecutado por este excelente escultor por encargo especial de la Comisión que se constituyó en la capital de la República Argentina para festejar al general Mitre y ofrecido al Sr. Marqués de Comillas por las atenciones que la Compañía Trasatlántica española guardó con aquel ilustre hombre público durante el viaje que llevó á cabo en uno de sus vapores. Aunque esta obra se separe por completo de las anteriores, no por eso es menos digna de elogios.

Grupo de cigarreras en la fábrica de tabacos de Sevilla, cuadro de Th. von der Beck (Exposición de Bellas Artes de Berlín). — Cierto es que en los vastos talleres de la fábrica de tabacos de Sevilla hallan el sustento algunos millares de cigarreras y que en su conjunto descúbrense reunidos todos los tipos de la mujer andaluza, ya la de ovalado rostro, rasgados y soñadores ojos y delicadas formas, ya la de pronunciados rasgos y duras líneas; pero al examinar el lienzo del pintor alemán no es posible descubrir á las hijas de la ciudad del Guadalquivir. El Sr. von der Beck, artista de mérito, que cultiva con éxito la pintura de género y costumbres, incurre en los mismos errores que los artistas y literatos extranjeros cuando tratan de dar á conocer á España. Su obra, como manifestación pictórica, es bella y altamente recomendable, ya por su entonación, como por sus líneas y bien dispuestas agrupaciones, mas como antecedente resulta falso. El Sr. von der Beck ha pintado su cuadro en Alemania, y sus sevillanas podrán recordar quizás las que embelesaron á nuestros abuelos, pero no á los bellísimos y airosos tipos de hoy, que no usan más armas que el abanico. Esto no obstante, el *Grupo de cigarreras* de von der Beck ha sido de los que más han llamado la atención.

¡Horrible hallazgo!, cuadro de Adolfo Hering. (Exposición de Bellas Artes de Berlín). — Los artistas de todos los países abandonan paulatinamente la representación de asuntos y hechos de otras épocas, difíciles de interpretar, inspirándose en todo cuanto les rodea, vive y se agita. Los nuevos conceptos del arte exigen del pintor profundo estudio psicológico de la sociedad moderna, para poder representarla en el lienzo y facilitar interesantes antecedentes para la historia de nuestra época, puesto que hoy como ayer persigue la humanidad determinados ideales y las pasiones y las virtudes agítanse violentas en el magín del hombre. Por eso los pintores de la escuela moderna buscan las fuentes de su inspiración en esos dramas íntimos que de continuo nos conmueven y que sintetizan nuestro modo de ser.

Adolfo Hering figura entre ellos, y su notable cuanto sentida composición reproduce un accidente real y tristísimo, que si por fortuna no es frecuente, prodúcese en las grandes capitales. Una amorosa madre, después de infructuosas pesquisas en busca de su hija, que era el encanto de su vida, acude al depósito judicial con el ánimo acongojado por cruel incertidumbre. Allí, sobre una mesa, halla tendido el inanimado cuerpo de su hija, extraída pocas horas antes de las cenagosas aguas del río, en el que se arrojó para ahogar las torturas de su corazón, víctima de cruel desengaño.

Tal es el hermoso cuadro del pintor alemán, premiado en la Exposición berlinesa.

Entrada de una huerta en Sevilla, cuadro de D. Manuel García Rodríguez (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). — Muy joven emprendió García Rodríguez, con éxito y entusiasmo, sus primeros estudios bajo la dirección de D. José de la Vega, abandonando presto el estudio de las letras por el de las Bellas Artes. Sus progresos fueron tan rápidos como notables, distinguiéndose como inteligente paisajista en todas cuantas Exposiciones y Concursos se ha presentado. Sus cuadros titulados *Orillas del Guadalquivir*, *La tarde* y *San Benito de Calatrava*, premiados en las Exposiciones Nacionales de 1888 y 1890, así como el adquirido por los príncipes de Baviera, patentizan las cualidades y aptitudes del pintor sevillano, que aunque novel artista, ha logrado distinguirse hasta el punto de haber sido nombrado recientemente socio corresponsal de la Academia de San Fernando.



Andaba á la ventura, sin hacer caso de los faisanes que se levantaban á su paso...

MARCELA

POR PEDRO VALDAGNE. — ILUSTRACIONES DE V. CORCOS

I



PABLO Trenier, aquel buen muchacho, por lo regular tan alegre, estaba muy triste en la mañana del día en que le presentamos en escena; con su chaquetón de terciopelo, su gorra de guardabosque y sus grandes botas amarillas, andaba á la ventura, sin hacer caso de los faisanes que se levantaban á su paso, aleteando ruidosamente, ni tampoco de las liebres que de un salto cruzaban el sendero, mostrando la mota blanca de su cola levantada.

Marcela estaba á punto de marcharse: debía seguir como camarera á la condesa de Vertval, su madrina, que regresaba á París muy tarde aquel año, es decir, en los últimos días de diciembre, pues la estación había sido magnífica, y el conde de Vertval, gran cazador, resistiéndose hasta entonces á privarse de su diversión favorita, había multiplicado las invitaciones.

Marcela se iba, y Trenier adoraba á Marcela. Ciertamente estaba tranquilo, porque volvería en la próxima estación, tan linda, tan graciosa, con la misma mirada serena y dulce, y con su largo cabello negro, que era su orgullo; también volvería fiel al amor que poco tiempo antes la declarara sinceramente, de la manera más sencilla y sin frases pomposas, ya que era una simple aldeana; pero en fin, iba á partir, y aquella separación de algunos meses parecía muy dura al buen Pablo Trenier.

Los dos se habían criado en el castillo de Vertval, en el centro del Perigord, sin separarse nunca. Marcela era hija de uno de los colonos de la condesa, quien había consentido en ser su madrina en las fuentes bautismales, dándole el nombre de Marcela, nombre que los campesinos alargaron muy pronto, según su costumbre, sin duda para que fuese más sonoro. Después, muerta su madre, *Marcelota*, según dieron en llamarla, fué recogida en el castillo, donde creció junto al pequeño Pablo Trenier, hijo del guardabosque del conde.

La condesa de Vertval, por lo demás, no había vuelto á ocuparse de su ahijada, pues al consentir en ser madrina de Marcela no pensó jamás en comprometer en lo más mínimo su responsabilidad; y hasta ignoró largo tiempo que la niña habitaba en su castillo, donde ella no pasaba más que algunos meses del año.

Pablo Trenier fué quien condujo allí á la huérfana, y muy pronto llegó ésta á ser la alegría de algunos viejos criados que habitaban el castillo todo el año, después de haber servido largo tiempo á los condes de Vertval, que por una antigua y respetable costumbre tenían en aquella morada sus inválidos.

Marcela cautivó muy pronto á toda aquella buena gente, que la mimaba y admiraba. Un viejo servidor que había visto morir al padre del conde actual, enseñóle á leer y dió principio á su educación rudimentaria, al mismo tiempo que á la de Pablo, huérfano á su vez, pues el guardabosque había sido muerto por la bala de un cazador furtivo á quien nunca pudo descubrirse. Marcela aprendió poco á poco á prestar servicios; más tarde, cuando ya era grandecita, eligiósela para ayudar en sus trabajos á la costurera, pobre anciana cuya vista comenzaba á debilitarse, y todas las atenciones que se dispensaban á Marcela pagábalas ésta con su cariño, su solicitud y sus gracias.

Pablo Trenier, robusto y fuerte, aprendía el rudo oficio de su padre. Los años pasaron así, y Pablo cumplió veinte la víspera del día en que Marcela llegó á los diez y ocho.

Y era agradable durante las veladas de invierno ver alrededor de la colosal chimenea de la cocina al joven guarda sentado junto á Marcela, mirándola tímidamente con una admiración de que apenas comenzaba á darse cuenta; mientras la niña, con su aire picaresco y adivinando sin duda alguna cosa, miraba á Pablo sonriente.

Marcela era para Pablo un ídolo; una palabra suya habría sido suficiente para inducirle á prender fuego á los bosques del conde, á pesar del inmenso cariño que les profesaba, porque allí podía pensar en ella en medio de un silencio profundo y durante horas enteras. No se creía feliz sino cuando ella le prometía aceptar su auxilio en cualquier trabajo demasiado fatigoso para sus fuerzas, y entonces entregábase á su tarea con tanta alegría, que á pesar suyo entonaba alguna ruidosa canción.

Y era porque en aquella joven tan fina y delicada parecíale observar un marcado sello de distinción cuando cruzaba las salas del castillo. Muy pronto Trenier comprendió que era un inmenso amor lo que llenaba su corazón, y entonces tuvo miedo.

En cuanto á él, bien sabía que era tosco y nada simpático ni elegante, como ella, y á menudo renegaba de su rudo aspecto, que le hacía parecer muy vulgar, y sobre todo de su limitada inteligencia, falta que él mismo reconocía con pesar al cometer alguna torpeza delante de Marcela, ó cuando la esperanza de ser amado de ella colmábale de alegría, manifestándose ésta por una ruidosa carcajada ó las más toscas frases. Marcela le miraba entonces con el aire de una gran señora y Pablo quedaba confuso, desesperando de refinar nunca sus modales, ni reducir aquella exuberancia de vida, por la cual debía parecer demasiado ordinario á los ojos de la joven. ¡Cuánto hubiera dado por poder imitar los graciosos modales de los señores del castillo! Pero cuanto más los observaba, menos podía aprender; no, jamás llegaría á tener su desenvoltura, ni le sería dado hablar como ellos. ¿Cómo lo hacían para encontrar tantas y tan agradables frases, mientras él permanecía silencioso cuando estaba solo con la mujer adorada, dominado por una timidez que le paralizaba la lengua? Muchas veces quiso declarar su amor; muchas veces parecióle que Marcela estaba dispuesta á escucharle; mas no podía decidirse, temeroso de oir su propia voz al declarar su pasión en medio del largo silencio de sus entrevistas, y poseído de angustia al pensar que tal vez la joven le contestaría con una cruel carcajada.

Marcela había adivinado esta adoración; su instinto de mujer le advirtió que existía algo más que buen compañerismo en las atenciones que Trenier la prodigaba, y agradecíaselo mucho en el fondo. En su inmaculado corazón de joven, el amor se formulaba independiente de todo atractivo físico; comprendía la vida de los dos como una asociación de esfuerzos y de buenas voluntades, y veía, sin tratar de explicarse por efecto de qué misterio, la prole que podrían tener y de la cual cuidarían ambos. No se le ocultaba á Marcela que entre marido y mujer debe reinar la mayor confianza, y en este punto era para ella una garantía el carácter franco y leal de Pablo. También estaba segura de que la respetaría y protegería; pero no sospechaba que pudiera producirse

una embriaguez loca en el amor, y dió su corazón al hombre cuyos menores ademanes y más insignificantes palabras revelaban su adoración.

Pero como á pesar de su ingenuidad y candor era muy maliciosa y traviesa, divertíanle las vacilaciones del enamorado mancebo, quien no osaba hacer la declaración que ella veía próxima; y sin echarlo de ver, mostrábase coqueta con su adorador.

Cierto día Marcela cayó enferma; poca cosa..., casi nada, una ligera fiebre que se cortó muy pronto; pero Pablo, sombrío é inquieto, fruncía el ceño y murmuraba imprecaciones que se perdían en su espeso bigote rojo; mostrábase muy reservado y apenas contestaba á los que arrostrando su aspecto hostil le dirigían alguna pregunta. Más de cien veces al día se acercaba á la puerta del aposento de la joven, dispuesto á entrar y sin atreverse á ello, temeroso de ver su rostro pálido, antes tan sonrosado, y temeroso también de que su voz bronca resonase demasiado en la habitación de la enferma. Después, cuando mejoró el estado de la joven, su inmensa alegría se desbordó; y el día en que entró por fin á verla, tímido y torpe como siempre, y Marcela le dijo «Vamos, Pablo, ya ves que estoy bien, aunque algo débil,» dos gruesas lágrimas cayeron de los ojos del buen Pablo é hizo una mueca, porque sentía al mismo tiempo deseos de reir y de llorar.

Y aquel mismo día fué cuando Marcela, muy conmovida á su vez, cogióle de las manos y le dijo:

– Escucha, Pablo, no se me oculta que me amas hace largo tiempo; tú no te atreves á decir nada, pero lo adivino... ¿No es así? Pues bien: yo te amo igualmente, me casaré contigo y seré buena y fiel; ya lo verás.

De este modo, sin muchas frases ni rodeos, se comprometió con Pablo para toda su vida.

Hacia la misma época, la condesa de Vertval fijó su atención en Marcela, á quien había olvidado casi.

Era ya una joven alta, de talle muy esbelto, seno prominente, cuyos latidos, marcándose con regularidad bajo el corsé, indicaban vigor y salud; manos pequeñas y brazos redondos bien modelados; pero lo que más llamó la atención de la Sra. de Vertval fué la expresión inteligente de Marcela, sus ojos negros, que revelaban la actividad del espíritu, el deseo de anticiparse á todo y también la graciosa sonrisa que entreabría sus labios, comunicando al rostro singular dulzura, la más propia para atenuar la malicia de su mirada. En todo el conjunto notábase un marcado sello de distinción, y á pesar de su natural desenvoltura, sabía mostrarse reservada y digna.

– Pero, Marcela, ¿estoy soñando?, díjole un día la condesa. ¿Eres tú la misma que yo tuve en brazos el día de tu bautizo? ¡Pues ya eres toda una mujer! ¿Sabes que esto me envejece mucho?

– He crecido bastante, en efecto, señora condesa...

– Y eres muy linda... Ya debes saberlo. ¿Qué haces tú aquí?

Marcela manifestó cuál era su ocupación en el castillo, diciendo que entonces tenía á su cargo toda la ropa blanca, y además llevaba el libro de cuentas de la cocina, porque escribía y contaba bien.

– ¿Quién te ha hecho ese vestido?, preguntó la condesa, admirada al observar el corte sencillo, pero en extremo correcto, del traje.

– Pues yo misma, señora condesa.

– Te sienta perfectamente.

– Le he copiado, añadió Marcela, ruborizándose, de un grabado del *Diario de la Moda* de la señora condesa...; tal vez haya hecho mal, porque es demasiado elegante y se ciñe mucho.

– Nada de eso; estás encantadora así.

De repente ocurrióle una idea á la condesa.

– Escucha, Marcela, dijo, ya debes saber que mi camarera Lina cesa en el servicio, porque se casa. ¿Quieres ocupar su puesto? Vendrás á París conmigo, yo te enseñaré pronto, y serás muy feliz.

Marcela vacilaba.

– ¡Hola!, exclamó la señora de Vertval, ¿es que no quieres salir del castillo? ¿Tienes algún amorío por aquí?

– ¡Oh! No, señora.

Marcela no osaba confesar el amor de Pablo Trenier.

La proposición fué admitida, y la condesa se alegró muchísimo, porque estaba segura de convertir muy pronto á la joven en una camarera elegante y de buen tono.

II

Mientras Pablo permanecía en el castillo, frío y solitario para él desde que la joven no le animaba con sus idas y venidas, Marcela por su parte tomaba posesión de París.

Apenas llegada, encontróse muy á su gusto en la ciudad monstruo, sin que la perturbase su continuo estrépito; pero como el conde de Vertval habitaba en la plaza de Malesherbes, en un barrio muy rico y aristocrático, la joven no conocía las míseras calles y los centros cuajados de populacho, que sin duda la hubieran infundido temor.

El palacio del conde fué para ella una maravilla: el gusto exquisito de la condesa y los caprichos de su esposo, sumamente aficionado á las artes, habían contribuído poderosamente á convertir cada habitación en una obra maestra.

El gabinete de la condesa, tapizado de seda al estilo de Luis XV, con sus elegantes sillones dorados y todos sus adornos á la Pompadour, era una preciosidad; en el monumental comedor, algo sombrío por efecto de la altura del techo y las tapicerías de una sola pieza, en las cuales brillaban dieciséis aplicaciones de plata maciza, veíase en el fondo, por un lado la gran chimenea y por el otro un enorme aparador cargado de lujosa vajilla; el gran salón, del todo moderno, estaba cuajado de ricos muebles, estatuas, adornos raros y plantas; y por último, la habitación de la condesa, tapizada de seda de China de color de rosa con blondas, las arañas de Venecia y los cuadros de celebrados maestros, completaba el magnífico conjunto.

Marcela se juzgaba muy feliz en medio de aquellas elegancias, porque satisfacían dulcemente muchas inclinaciones mal definidas que en ella se despertaban. Hubiérase dicho que en la joven se producía una nueva naturaleza, al parecer muy refinada y conocedora de las bellezas del arte. A veces permanecía largo rato ante el lienzo ahumado de un maestro holandés, que representaba con viva expresión existencias adivinadas por el artista, admirando las raras finezas de un claroscuro prodigiosamente hábil. Y esto era tanto más singular, cuanto que personas más ilustradas, más conocedoras de las manifestaciones del arte, solamente habrían visto allí una pintura tosca, una iluminación ennegrecida por el tiempo.

En el medio ambiente donde entonces vivía sentíase Marcela también más en contacto (aunque indirecto todavía) con el mundo exterior, con la sociedad elegante, agitada de esa fiebre parisiense que multiplica las facetas de la impresionabilidad, que complica las sensaciones centuplicándolas y hace vivir á varias existencias en una.

En el castillo de Vertval, Marcela había manifestado ya inclinación á retraerse de quehaceres puramente materiales; pero esto no la condujo sino á una vana meditación mal definida y sin objeto: ahora veía claramente seres que tan sólo se alimentaban de las cosas de espíritu; adivinaba una actividad del pensamiento en aquellas cabezas de la gente de mundo, y comprendía que era una existencia muy distinta de la que ella había conocido hasta entonces, pero mucho más interesante y apasionada. Hasta Marcela llegaban ecos de refinamiento de las costumbres que la seducían.

Bajo el traje de campesina de la joven, bajo su sencillez é ingenuidad, la condesa de Vertval había adivinado la mujer curiosa, que ansiaba saber y á quien halagaba todo cuanto era bonito y gracioso. Interesábase mucho en aquella brusca revelación, y ayudó á que se desarrollara la inteligencia de su nueva camarera. Complacíala mucho hablar con la joven, y divertíanle en extremo sus contestaciones y chistes originales. Cierto día sorprendió á Marcela en la biblioteca del conde leyendo un libro de que se había apoderado y que tenía por título *La mujer en el siglo* XVIII.

– ¿Te interesa eso, hija mía?, preguntó la señora Vertval un poco admirada.

¡Oh! Sí, señora, mucho.

Desde entonces Marcela fué discípula de la condesa, quien se interesó en despojar de su ruda corteza á la mujer superior que adivinaba en su ahijada; descubría en ella un nuevo ser, con el cual encariñóse sinceramente. No le fué difícil conseguir que la joven confesase cuanto sentía en su interior, y así supo que sus inclinaciones eran muy refinadas; instruyóla con solicitud, dejándole todo el tiempo necesario, y permitió que llegasen hasta Marcela los ecos de la vida de la alta sociedad.

Cierto día que hablaba con su esposo de esta especie de adopción, el conde le contestó sonriendo:

– Está muy bien: hagamos una señorita de esa Marcela, que ya me había llamado la atención cuando estábamos en Vertval... Noté que tenía cierto sello de distinción, y siempre creí que la mujer del colono, muy hermosa según recuerdo, debió ser sorprendida algún día por cualquier gran señor, de quien Marcela es hija verdadera... Por otra parte, no eres tú la única en hacer tales descubrimientos, pues yo también comienzo á descubrir que mi joven secretario, Renato Berard, es un hombre inteligente y digno, por lo cual me propongo hacerle progresar.

III

El conde de Vertval distraía sus ocios escribiendo una obra sobre cinegética, bastante voluminosa, para la cual necesitaba numerosos documentos, y por lo tanto había buscado un secretario: todas las mañanas Renato Berard trabajaba con él, y el señor de Vertval estaba muy satisfecho de su colaboración, porque el joven era inteligente, sumamente instruído y con muy buen criterio. Hombre de veinticinco años, de aspecto varonil, era muy pobre y vivía solo con su madre, á quien un cataclismo financiero privó á la vez de fortuna y de esposo. Renato, educado para más brillante porvenir, llevaba dentro de sí con resignación una profunda melancolía; era de carácter ardiente, fácil de entusiasmarse y soñaba en grandes cosas. Ahora bien: la casualidad quiso que se enamorase de Marcela, sin tratar de ocultárselo, y desde aquel instante la pobre joven se creyó perdida.

Hacía algún tiempo espantábase ella misma de los enormes progresos de su imaginación y veíase en un todo diferente de lo que antes era. En vano trataba de luchar contra aquella inclinación, cada vez más fuerte, á todas esas cosas finas y elegantes que constituyen el código mundano; pero sus aficiones se imponían cada vez más. Comprendía cuán peligroso era hacerse muy superior á Pablo Trenier, aquel hombre sencillo que nada de esto comprendía, y hubiera querido evitarlo.

Pero he aquí que de pronto se produjo una metamorfosis en su corazón; poco á poco, el amor tomaba cuerpo en el alma de Marcela en forma muy distinta que hasta entonces, y con sus ideas sobre el matrimonio mezclábanse ahora consideraciones de elección y deseos de mejorar. Era menos sano, tal vez, pero seguramente menos rudo que la concepción brutal del amor en la gente del campo; era una cosa delicada, con dulces ensueños, graciosos modales, palabras armoniosas y elegantes costumbres.

Y precisamente Renato Berard llegó en el momento más oportuno para dar cuerpo á todas estas meditaciones peligrosas. Marcela resistía, protestaba con todas sus fuerzas; mas á pesar suyo, un amor nuevo, mucho más conforme con sus íntimas aspiraciones, posesionábase de ella, haciéndola pasar por crueles alternativas.

La pasión que á Renato había inspirado Marcela era sincera; en primer lugar, la belleza de la joven le había impresionado vivamente; admiraba su gracia, su esbeltez, sus finos modales, y además (pues ya habían hablado con frecuencia) había entre ellos mucha afinidad de inclinaciones y marcada prevención contra todo lo que era vulgar. Por otra parte, como Renato era pobre y demasiado orgulloso para buscar en el matrimonio una situación que no hubiera debido á su valer, la pobreza de Marcela era una causa más para que desease tomarla por esposa.

En este sentido habló con franqueza al conde, como única persona de quien la joven dependía; el Sr. de Vertval se lo comunicó á su esposa, y aquella unión pareció á los dos muy razonable. En cuanto á Marcela, muy pronto tuvo conocimiento de la demanda oficial hecha por Renato.

Apenas la condesa pronunció las primeras palabras, sintió latir su corazón apresuradamente; estaba persuadida de que amaba á Renato y de que á nadie amaría sino á él, y también comprendía, con el espanto que inspiran las cosas irreparables, que su compromiso con Pablo Trenier había sido temerario; que su corazón fué sorprendido en el aislamiento en que vivía; que no le amaba ni había experimentado nunca por él más que una sincera afección fraternal y una inconsciente piedad ante su muda é inmensa adoración.

La condesa de Vertval quedó sorprendida al oir á Marcela pedir un plazo de tres días para contestar definitivamente. ¡Ah! Hubiera podido dar una respuesta inmediata, porque ya estaba resuelta sobre lo que debía hacer; había prometido su mano al pobre mozo que la esperaba en el castillo, y no se creía con derecho para rechazar ahora á un hombre que se le había ofrecido y á quien aceptó. Sin embargo, deseaba tres días para ponerse sobre sí, para que su voz no temblara al pronunciar la negativa, rehusando la felicidad con que le brindaban... y también para retardar el momento en que sería necesario renunciar para siempre á esa dicha y exclamar: «Todo ha concluído.» ¡Qué pronto pasaron aquellos tres días! Y cuando llegó la hora de la dolorosa resolución, Marcela pronunció enérgicamente el *no*, aunque con una fuerza algo ficticia, con la que apenas pudo reprimir un sollozo, al ver detrás de una corti-

nilla á Renato Berard, que se retiraba tristemente, llevándose consigo, sin saberlo, el corazón de la joven.

IV

El conde de Vertval había ido á inspeccionar algunas cortas en sus bosques en los primeros días de marzo.

Acompañábale su guarda Trenier.

Hacía ya algunos días que Pablo esperaba aquella oportunidad, y arreglóse muy pronto para que la conversación recayese sobre Marcela.

– ¿Sabes tú, díjole el conde, que la niña ha rehusado un buen partido en París?

Una viva alegría iluminó el rostro de Trenier.

– Marcela, continuó el Sr. de Vertval, ha llegado á ser demasiado ambiciosa; se formó muy pronto, y ahora tiene aspiraciones que no guardan relación con su estado. ¿No recuerdas sus aires de gran señora? Pues bien: su estancia en París ha desarrollado sus tendencias aristocráticas... Y hétela aquí en un callejón sin salida. Mi secretario la pidió por esposa, y el pobre chico está desconsolado.

– Si Marcela no le ama..., se aventuró á decir Trenier.

– A decir verdad, es difícil en su elección, tal vez demasiado. Berard es un partido muy ventajoso para ella, porque está muy bien educado, es inteligente é instruído, y yo me intereso mucho por él, lo cual ya es algo. Si el ministerio se sostiene algunos meses más, haré que le nombren subprefecto. ¿Qué más podría pretender ella?

Pablo Trenier se había mostrado muy alegre al principio, no viendo en la negativa de Marcela sino una prueba de su fidelidad á su palabra; pero de repente se entristeció. En cambio de aquel porvenir brillante que la joven rehusaba, ¿qué podría él ofrecerle? Su negativa era una prueba de amor de aquella á quien tanto adoraba; ¿pero le bastaría á Marcela el suyo? Según acababa de oir, era completamente una señorita, y ahora le parecería el guardabosque más tosco y rudo que antes. Había hecho mal en dejarla marchar... Le habían transformado su Marcela. «Ya no me amará,» pensaba el infeliz.

Pero el alma de Pablo se sublevaba y sentía nacer la cólera contra aquel Berard que había osado amar también á Marcela. Por otra parte, ¿debía ella preferirle á él, ignorante y torpe, al joven superior de quien el conde le hablaba? ¿Estaría Marcela segura de amarle lo suficiente? ¿Y era justo que él, Trenier, aceptara aquel amor si la joven había de ser menos feliz?

Con estas reflexiones despertóse en Pablo un sentimiento de angustia dolorosa; era preciso cumplir un deber, averiguar con certeza dónde estaba la dicha de Marcela, y obligarla á que la aceptase, aunque con ello sufriera su corazón. Sin embargo, ¡qué penoso fué para él jugarse la felicidad de toda su vida! Durante las largas semanas que precedieron al regreso de la joven, aquella incertidumbre del porvenir le martirizó cruelmente, y cuando llegado el verano Marcela volvió al castillo con la condesa de Vertval, Pablo no tuvo valor para ir á verla; tanto temía reconocer que la joven se había transformado, en efecto, lo bastante para que le fuese forzoso renunciar á ella.

Sin embargo, era preciso ir.

– Pablo, díjole Marcela, he vuelto tuya, como te lo había prometido. Casémonos, pero que sea cuanto antes.

– Pero ¿á qué viene ahora esa prisa, y cuál es la causa de la tristeza que se indica en tu voz?

– La señora condesa, añadió Marcela, lo sabe y consiente en ello... ¿No estás contento?

La señora de Vertval estaba prevenida, efectivamente, porque Marcela, apurada por sus preguntas, confióle que había dado su palabra á Trenier, lo cual produjo en la condesa el mayor asombro. ¡Cómo podía creer que rehusase la mano de Renato Berard, joven instruído que conocía el mundo y podía, gracias al apoyo del conde, hacer una brillante carrera, para unirse con Pablo Trenier, hombre honrado, ciertamente, pero simple guardabosque, tosco y sin educación, que comprendiendo las aspiraciones de la joven no podía hacerla feliz!

Pero Marcela se mantuvo inexorable, limitándose á contestar con lágrimas en los ojos: «Lo he prometido.»

Sin embargo, Trenier la miraba, y veía que todo era verdad. Había cambiado más aún de lo que él suponía; su andar era gracioso, sus ademanes revelaban desenvoltura, su sonrisa, sus miradas y sus frases eran propias de una mujer de buen tono, una de aquellas que Pablo veía en el castillo entre los convidados de la condesa, y que él consideraba pertenecientes á un mundo distinto, que él no podría nunca comprender. ¡Cómo aquella delicada y elegante joven había de ser esposa de un pobre y obscuro guardabosque, de un palurdo desgraciado!

¡Alto aquí, Trenier!... ¡Has sido un loco!

Pablo pensó que esto sería una humillación para ella, y quiso evitarla.

Y mientras la contemplaba, observando su delicado rostro, muy pálido, y su expresión dolorosa, rasgóse el velo que aún cubría sus ojos, y adivinó que Marcela amaba á Renato Barard y que se sacrificaba en aras de su promesa.

¡Pues no, de ningún modo consentiría esto! Su deber estaba bien marcado esta vez... y era angustioso, pero debía cumplirle, y lo haría sin desfallecer.

Comprendió además que Marcela, por su parte no confesaría nada, y adoptando su resolución bruscamente, disimuló sus impresiones. Aquel hombre franco y leal las encubrió bajo una máscara; él, que jamás había faltado á la verdad, inventó una mentira, y con falsa timidez se excusó... «Ignoraba lo que había pasado en él, y por criminal que fuese, había olvidado á Marcela, amando á otra, con quien debía casarse... Era preciso... Estaba completamente obligado á ello.»

– ¡Mientes!, exclamó Marcela; á mí es á quien tú amas.

Ni un instante se dejó engañar por aquel heroísmo.

– ¿No habré podido disimular lo bastante para consumar hasta el fin mi sacrificio?, preguntábase Marcela.

Pero dispuesta á pesar de todo á llevarlo á cabo, mostróse dulce, buena, seductora. Pablo Trenier, sin embargo, no cedió.

– Vamos, dijo, lo que me dices no es cierto... Yo sé que me amas... y también te amo yo... Te he dado toda mi vida... ¿No es verdad que me engañas?

– No.

– He vuelto para casarme contigo; quiero que me tomes por esposa, y tú no puedes rechazarme.

¡Ah! Si ella hubiese podido arrancarle una confesión, Pablo se habría visto obligado á ceder, aceptando la felicidad... porque Marcela le hubiera hecho dichoso.

Sí, la joven procedía de buena fe; deseaba ser esposa de Pablo Trenier, y comprendía, por más que él dijese lo contrario, que ella lo era todo para él, que Pablo había contado con su palabra; estaba además segura de que le amaría... Poco á poco olvidaría sus ilusiones, para adaptarse al carácter rudo, pero leal, de aquel hombre; pero Pablo se mantuvo inflexible.

Entonces Marcela experimentó dolorosa angustia ante aquel sacrificio sublime cuya grandeza comprendía y que le parecía más hermoso que el suyo propio... y aquel hombre le pareció entonces superior.

– No quiero... ¡Se ha concluído!, había dicho Trenier, pronunciando estas palabras con voz dura y baja la cabeza, como fiera acorralada por el cazador. El guardabosque se mostró más rudo, más grosero de lo que era en realidad y consiguió representar su papel... pero no engañar á Marcela.

Pablo Trenier encontró alguna campesina, con la cual se casó muy pronto... y aquel día vagó en sus labios la sonrisa del mártir que se sacrifica, feliz en medio del suplicio, adorando como antes á la mujer que amaba y perdiéndose para ella para toda la vida.

Traducido por E. L. Verneuil



SECCIÓN CIENTÍFICA

CONSERVACIÓN DE EJEMPLARES DE HISTORIA NATURAL

La conservación de objetos ó ejemplares de estudio reviste para los naturalistas gran importancia. Los zoólogos y los botánicos precisan ya piezas anatómicas, ó herbarios, flores y frutos conservados en alcohol, para practicar determinados experimentos cuando no es posible realizarlos en la época ó estación verdaderamente indicada.

Cierto es que los botánicos tienen el recurso de obtener por medio de conocidos procedimientos la reconstitución de las plantas secas y practicar su correspondiente análisis, contando asimismo en sus colecciones con semillas y frutos que son á modo de complemento del herbario; pero como quiera que su consistencia es variable, presentan cuando están secos sus verdaderos caracteres, mas no así cuando son carnosos, en cuyo caso para sostener su real interés es preciso conservarlos en alcohol. Las mismas flores, conservadas en este líquido, son más fáciles de estudiar, y los organogenistas aprecian entonces su valor. Por último, hasta los anatómicos procúranse con frecuencia ejemplares conservados por este medio para estudiar los tejidos.

Recomiéndase invariablemente á los exploradores á quienes se confía el encargo de formar colecciones de historia natural obtener el mayor número posible de ejemplares en tal estado de conservación, y hasta el presente es el alcohol el agente por excelencia y al que se recurre eficazmente.

Numerosos ensayos se han practicado con el agua salada, fenicada ó conteniendo pequeñas dosis de bicloruro de mercurio, pero en ninguno de los casos en que se ha empleado ha podido asegurarse la conservación de un modo satisfactorio y sobre todo duradero.

Desde larga fecha busco el medio de suprimir el empleo del alcohol, siempre caro y no siempre fácil de obtener en los viajes, sustituyéndolo por un antiséptico disuelto en el agua, sin olor, á ser posible, y que pueda transportarse con facilidad.

He recurrido, al efecto, á todos los antisépticos conocidos para hacer un estudio comparativo de cada uno de ellos. El agua fenicada obscurece seguramente los objetos que en ella se sumergen. El bicloruro de mercurio en presencia de las materias vegetales se descompone y las muestras se deterioran al cabo de algunas semanas. Igual resultado obtuve con cuatro ó diez gramos de sulfato de cinc y con diez gramos de alumbre por cada litro de agua.

No recurrí á los líquidos compuestos, tales como el licor de Awen y licor de Barroïs y el ácido arsenioso, de que se sirven los zoólogos. No sin desconfianza me atreví en 1877 á colocar una orobancha fresca en un cubo de agua en la que había disuelto una pequeña cantidad de ácido salicílico. Con gran sorpresa pude notar al cabo de dos ó tres años que la conservación de la orobancha no dejaba nada que desear.

Reanudé los ensayos con dos ó tres plantas enteras, que se conservan en buen estado desde el año 1883, en que las sumergí en la disolución. Una de ellas, *Saxifraga cranifolia*, con rizoma, hojas y flores, conservó durante dos años el color rosado de sus pétalos. Entonces coloqué el cubo á la acción del sol durante un mes, cubriéndolo simplemente con un papel, decolorándose algunas partes de la planta, sin que perdiera respecto de su buen estado de conservación.

Este año he comenzado los ensayos con igual éxito, sometiendo al experimento una *Lagenaria*, con sus hojas y flores. En otro cubo coloqué una *Hippophœrhamnoides*, conservándose desde el mes de agosto en buen estado de coloración y conservación.

Las dosis que me han dado mejores resultados son de dos gramos de ácido salicílico por cada litro de agua dulce ordinaria. Intenté disolver tres gramos de ácido, pero produjose saturación, y una parte posóse en el fondo del recipiente. Con un gramo por litro he obtenido algunas veces resultados, mas no debe considerarse como regla. Cuando se mezcla una pequeña cantidad de alcohol, la disolución se efectúa rápidamente y se puede entonces por este medio aumentar la dosis del ácido. La disolución de los dos gramos, que fué suficiente, no se efectúa inmediatamente en el agua pura; es preciso agitar durante algún tiempo la botella ó la garrafa, completándose la disolución al cabo de cinco ó diez minutos.

Desde el punto de vista económico y además por la facilidad del empleo de este antiséptico, creo que

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN *por autores ó editores*

RECUERDOS DE MI VIDA, *por Ricardo Wagner*. – He aquí un libro indispensable á los aficionados á la música y no menos á los que gustan, sin serlo, de la buena literatura. El ilustre maestro refiere en este libro multitud de anécdotas todas curiosísimas, referentes á sus óperas y á los grandes músicos, actores y empresarios de su tiempo. Cuenta en estas *Memorias* suyas multitud de detalles de su vida íntima, y de cómo poco á poco fué venciendo dificultades hasta imponer al mundo su sistema musical.

La relación de cómo fué representado *Tannahusser* en París es un capítulo hermosísimo: el entierro de Weber es una joya literaria por el sentimiento y corrección con que ha sido descrito.

Otro encanto tiene el libro: las ilustraciones, entre las que figuran cincuenta caricaturas graciosísimas del ilustre maestro, hechas por los más afamados artistas y publicadas en la prensa de todo el mundo.

Este volumen, de 350 páginas y correctamente traducido del alemán y profusamente ilustrado, se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

DOS GENERACIONES. *Nueva novela del Conde León Tolstoy*, en la que se refiere cómo dos militares aristócratas, padre é hijo, juegan, se baten y se enamoran. La narración es sencilla y delicada, pero tienen los personajes ese relieve que sólo sabe dar á sus protagonistas el famoso autor de *La sonata de Kreutzer*. El episodio del oficial prisionero que se escapa y logra llegar perseguido de cerca al campamento de los suyos es en extremo interesante.

El libro está muy bien traducido é impreso, y se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

¿ACADÉMICAS? – Es un folleto anónimo que unos atribuyen á D. Juan Valera y otros á la señora Pardo Bazán. Sea quien fuere el autor, es indudable que por el estilo, la gracia y la picardía de cuanto allí se dice es uno de los más preciosos libros escritos hace muchos años y que podría firmar cualquiera de nuestros más famosos escritores. Días hace que algunos literatos tratan de descubrir quién es el verdadero autor de ese mirlo blanco, pero hasta hoy nada se sabe.

Cuesta una peseta en las principales librerías.



ENTRADA DE UNA HUERTA EN SEVILLA, cuadro de D. Manuel García Rodríguez (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

DOS HISTORIAS VULGARES, *por D. José Castro y Serrano*, de la Real Academia Española. – Dice el ilustre autor de *Las cartas trascendentales* y de *La novela del Egipto* que en los banquetes modernos se sirven dos clases de sopa: una picante y otra dulce, al igual de lo que sucede con las lecturas contemporáneas, refiriéndose á las dos novelas cortas que contiene este libro. Picante podrá ser á su juicio *La serpiente enroscada*, pero lo es de buena ley, saturada del delicado aroma del tomillo y la retama que se aspira sin molestia, revestida, como *El reloj de arena*, con las bellezas de nuestro lenguaje, y expuestos los cuadros, personajes y situaciones con natural sencillez y claridad.

El libro del Sr. Castro Serrano podrá contener dos historias vulgares; pero como todas sus producciones, no pueden caer jamás en la vulgaridad.

Editado por D. Fernando Fe, de Madrid, y profusamente ilustrado por Angel Pons, forma un bonito volúmen, que se vende á 3'50 pesetas en las principales librerías.

TROZOS ESCOGIDOS DE LITERATURA FRANCESA, en prosa y verso, *por D. Cayetano Castellón y Pinto*. – Obra de suma utilidad para cuantos se dedican al estudio del idioma francés es la que bajo el título que antecede acaba de publicar nuestro distinguido amigo Sr. Castellón y Pinto, catedrático del Instituto provincial de Jerez de la Frontera. Aparte de las utilísimas reglas que contiene, figuran recopilados en el libro trozos escogidos de literatura francesa, en prosa y verso, desde el siglo XVII hasta nuestros días, inteligentemente coleccionados, clasificados y anotados para servir de ejercicios de traducción á los alumnos de Institutos y Escuelas especiales, así como un vocabulario al final del texto.

Bien impreso, forma un volumen en 4.°, perfectamente encuadernado. Véndese al precio de 7 pesetas cada ejemplar.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN






LA
ILUSTRACION
ARTISTICA
AÑO 1891
149